

## VIRTUDES SOCIALES.

(Continuacion.)

## II.

*Humildad*.—Esta palabra espresa uno de los mas hermosos sentimientos del corazon humano. La *humildad*, antítesis de la soberbia proscrita por la religion es, por decirlo así, el complemento de todas las virtudes del alma cristiana.

Los *humildes* son los hijos predilectos y amados del Señor.

La soberbia es madre de los pecados, porque nos induce á la cólera, nos aconseja la venganza y nos precipita en todas las malas pasiones.

Los *humildes* son los verdaderamente grandes, porque la *humildad* es hija de la pureza de corazon y enjendra en él todas las virtudes.

## I.

*Injenio*.—Este es un dote natural bastante raro, y del que debe hacerse siempre un buen uso, porque el *injenio* mal aprovechado y mal dirigido conduce casi siempre á la perdicion. El *injenio* depende verdaderamente de la naturaleza, pero se desarrolla y perfecciona con el ejercicio y el trabajo.

Pasan á veces en sociedad como hombres de *injenio* los simples decidores de chistes, que no suelen hacer otra cosa que repetir lo que han oido en otra parte. A éstos no debe concedérseles la cualidad del *injenio* que ha de reservarse esclusivamente para las personas de claro entendimiento, que saben hallar recursos para todo, obviar las dificultades y vencer en las ocasiones todos los inconvenientes.

El bello sexo posee en mas alto grado por lo general la cualidad del *injenio* por razon de la vivacidad de su imaginacion y por su comprension mas rápida.

El *injenio* llega casi á confundirse con el talento.

*Indulgencia*.—El hombre verdaderamente virtuoso disimula facilmente los errores ajenos; su caridad le proporciona *indulgencia* para disculparlos.

La *indulgencia* proviene de Dios, padre amoroso que perdona las ofensas y los pecados de sus hijos.

Seamos *indulgentes* con nuestros inferiores y nuestros hermanos,

y tendremos derecho á esperar que el supremo Hacedor lo sea á su vez con nosotros.

El error y el pecado son el patrimonio de la miseria humana; seamos, pues, *indulgentes* con las víctimas de tan funesto destino.

*Injenuidad.*—Difiere poco de la *franqueza*. Véase *franqueza*.

### J.

*Jovialidad.*—Las personas *joviales* son siempre muy apreciables, porque amenizan con su buen humor las reuniones y frecuentemente disipan con su conversacion la tristeza de los demás.

La *jovialidad* no es siempre el resultado de la alegría sino mas comunmente el del carácter y esmerada educacion.

Hay sin embargo una especie, y es la de ciertas gentes que la usan como máscara para encubrir sus miras y sus verdaderas intenciones. Hay por esto algun peligro en abandonarse ciegamente á las personas que nos rodean con su *jovialidad*.

*Juicio.*— El *juicio* no es otra cosa que el acierto en el decir y el obrar. El *juicio* es el resultado del buen entendimiento. Aquel es consecuencia de éste.

El hombre prudente que modera sus deseos, reprime sus malos instintos, pone á raya sus pasiones, mide sus palabras, calcula sus acciones antes de ejecutarlas, ayudado unas veces del *consejo* de otra persona, otras de las luces de un buen entendimiento, ese está próximo de merecer la calificacion de *juicioso*.

El *juicio* es tambien el asiento en el juzgar: quien sabe decir y obrar con asiento, puede juzgar con él las acciones y las palabras de los demás.

## LOS AYES DE LAS FLORES.

A. C.

En las tardes del estío—cuando su luz misteriosa—el crepúsculo despide—y el cetro un instante roba—al ya moribundo día—y á las aun nacientes sombras,—¿no habeis escuchado, amiga,—con emocion melancólica—esos murmurios tan dulces—del jardin, que nos asombran—y nos distraen á las veces—de meditaciones hondas,—y que cautivan del alma—acaso la atencion toda?—Pues son *ayes de las flores*,—de las que así se enamoran—de las que tristes padecen—de las que ya se deshojan!—Yo lo sé, que me lo dijo—una flor tierna y hermosa—una noche del estío—en que me contó su his-

toria.—Era un blanco pensamiento—los pétalos de su corola—que hacía su verde planta—inclinaba ruborosa,—eran tan lindos y puros—que aquella flor inodora—envidia daba á la reina—del verjel, fragante rosa.—Alegre vida esperaba—porque su mente ilusionan—dichas que sueña inocente—en las quimeras hermosas;—que niños todos tenemos—y el desengaño nos roba—cuando pensamos acaso—que sus encantos se logran.—Un día al nacer el día—alzó la flor su corola—por saludar á su padre—el sol cual hacen las otras.—En su vuelo veleidoso—cercana una mariposa—pasó una vez, volvió luego,—fuese otra vez, tornó otra.—Mirábala á las primeras—y á las siguientes hablóla—palabras, que serán sólo—de flores y mariposas,—mas de un lenguaje dulcísimo—y con el cual se enamora—y que lo mismo comprenden—las flores que las hermosas.—¡Pobre flor! creyó inocente—á la linda mariposa,—creyó el amor que la dijo—y con sencillez amóla.—¡Pobre flor! cómo corrieron—lijerísimas las horas—y con qué afán esperaba—que apareciese la aurora,—que con su luz la traía—dulce adorno á su corola—y á su amor dulce alegría—con la linda mariposa!—¡Gratos instantes del alma!—Cuando un amor ilusiona—bellos pasan de los días—lijerísimas las horas...—Hubo un día: ¡ay triste día—para la flor de mi historia!—en que nació cual los otros—con tímida luz la aurora,—dió su ósculo á las flores—con los rayos que las doran—y pasó luego, dejando—su turno á las otras horas;—y en vano la pobre flor—esperó á la mariposa,—y en vano guardó en su cáliz—del rocío dulce gota,—para apagar de su amante—la sed del calor en la hora;—¡en vano, porque no vino—nunca mas la mariposa!—¡Pobre flor! llegó para ella—triste verdad angustiada,—supo lo que son los sueños—que en la niñez enamoran...—Estaba pálida el día—en que me contó su historia,—y poco despues halléla—marchita ya entre sus hojas.—De entonces si del crepúsculo—en la hora misteriosa—oigo suaves murmurios—del jardín entre las sombras,—sé que son *ayes de flores*,—que felices se enamoran,—que desgraciadas se quejan—ó que acaso se deshojan...

Eduardo Atard.

## VENUS Y ADONIS.

CUADRO ORIGINAL.

Días pasados tuvimos un placer; y admiramos una obra que acaba de brotar del inspirado pincel del pintor valenciano D. Ra-

fael Montesinos. Es un gran lienzo que representaba á *Venus* y á *Adonis* pintado al *temple* y destinado á adornar el techo de la habitacion de uno de los capitalistas de mas gusto de esta ciudad. Es un cuadro que nada deja que desear ni en cuanto á la idea, ni en cuanto á la ejecucion. Esta es la idea. *Adonis* cansado de cazar está recostado en el tronco de un álamo blanco que forma uno de esos rústicos asientos que se deben á los caprichos de la naturaleza; á su lado tiene un magnífico perro manchado de blanco y negro, al que está acariciando con su mano izquierda y al que empuja por detrás un ángel para que se marche como queriendo que no interrumpa el descanso de su dueño; á la otra parte de él vese otro perro acostado, con la cabeza rozando en el suelo; rodean á *Adonis* aves recien muertas, el arca y la aljaba llena de flechas. *Venus* entre nubes baja de los cielos hasta *Adonis* y flotan sus cabellos y manto diáfano por los aires. En en segundo término distingúense dos ángeles que llevan en sus manos dos cintas que sujetan por el cuello dos blancas palomas: finalmente un paisaje en lontananza y su celaje aéreo concluyen el cuadro. Resplandecen en su ejecucion, la brillantez de su colorido, el gusto y la entonacion atrevida que sabe dar á todas sus concepciones Montesinos, la transparencia y morbidez de las carnes de las dos grandes figuras del cuadro, la espresion de la fisonomía de *Venus*, cuyos labios tienen la sonrisa vaga y deliciosa del amor, cuyos ojos casi cerrados se dirijen hácia á *Adonis* con la lánguida fijeza de la pasion. Parécenos asimismo la mano izquierda de *Adonis* pintada con tal verdad, que se le vé jugar con las lanas del perro; y las manchas negras de éste, que interrumpen la tinta colorada del manto de su dueño, causan un sin igual efecto y un contraste del mejor gusto. En cuanto al paisaje ¿qué mas podemos decir sino que es del autor *paisista* por escelerencia?

Reciba en público nuestro apreciabilísimo D. Rafael Montesinos el sincero parabien que tuvimos el gusto de darle en privado. Nos honramos de haber sido sus discípulos y de ser sus amigos; y fuera en nosotros una ingratitude no prodigar las alabanzas que se merece el inspirado artista que ha producido el notable cuadro de *Venus* y *Adonis*.

Jacinto Labaila.

## UNA TRINIDAD FEMENINA.

(Continuacion.)

He nacido muy desgraciada: he conocido á V. muy tarde... cuando á mi pesar ya todos mis pensamientos revoloteaban sobre otro ser como las mariposas sobre una flor.

—Dichosa una y mil veces el feliz mortal cuyo amor se ha confundido con el de V. como dos perfumes que se juntan.

—No, no... yo amo á quien no conoce mi amor, á quien no me ama.

—Igual es nuestro infortunio.

—Amo á un hombre que está sirviendo de juguete á una mujer sin corazon, á un hombre que ignora mi amor, á un hombre al que nunca me uniré y... he preferido dar á V. esta funestísima noticia á engañarle; porque el que engaña es un infame, y la infamia en la mujer aun me parece mas repugnante que en el hombre. No sé fingir; no sé tener miradas amorosas en los ojos, sonrisas apasionadas en los labios é indiferencia en el corazon... no sé traficar con los sentimientos. Señor Conde, no puedo ofrecerle el arrebatado cariño de la esposa, pero puedo ofrecerle la ternura apacible de la hermana; no puedo hacerle feliz, pero no le haré derramar ni una sola lágrima: si así acepta V. mi mano seré suya... pero si lloro algunas veces, si otras me vé V. distraida ó en éstasis prolongados, no me pregunte V. el motivo; será que estaré rezando la oracion fúnebre sobre el sepulcro de mi malogrado amor.

Despues de una larga pausa, el Conde haciendo un penoso esfuerzo sobre sí mismo, exclamó con voz sollozante y entrecortada:

—Amparo.... renuncio al amor de V... á mi sueño de oro... á la única esperanza de mi vida...

Y dos lágrimas saltaron de sus ojos rodando por sus mejillas pálidas.

Amparo lloraba tambien.

El Conde cojió el sombrero, dirigió á Amparo una mirada, melancólica, suprema, indefinible, y dándole un «adios eterno» huyó precipitadamente de la habitacion.

Ese «adios» era la despedida que daba á su felicidad.

Al oír el «adios» del Conde, Amparo lloró por él.

Era un desgraciado.

Amparo sentia una especie de remordimiento de haberle dicho la verdad.

Era un ángel.

*La desvergonzada franqueza de Elvira.*

¿Me han dicho que tienes relaciones con el hijo del Cónsul?

—Mauricio, es verdad.

—¡Y no me lo niegas!...

—¿Por qué si es cierto? La verdad siempre se debe decir. Conozco que ya no siento por tí el amor que antes sentía y...

—¡Es decir que me has engañado!

—Eso no; y la *prueba* es que te quiero desde que no te amo, te lo confieso; no puedo ser mas espícita ni mas franca.

—Elvira, eres una infame...

—No me insultes...

—No te insulto; *la verdad siempre se debe decir*. Tú nunca me has querido: sé que estás acostumbrada á jugar con los corazones de los hombres, como los niños con sus juguetes, y te diviertes en romperlos, lo mismo que los niños. Has destrozado el mio que te amaba, y con vergüenza lo confieso, aun te ama...

—¡Te avergüenzas de haberme querido!

—Sí, si te hubiera visto sin máscara, en vez de amor me hubieras causado repugnancia, pero eres maestra en finjir, tienes hermoso físico y feo moral, buen rostro y mal corazón; eres en fin un magnífico prospecto de una obra detestable.

—¡¡Mauricio!! Lo mejor es tomarlo á risa: ja, ja, ja.

—Ríete de mi candidez, de mi amor... Ríete, lo merezco... Ríete. Te he servido de bufon, he sido un imbécil.

—Ja, ja, ja, ja...

La risa violenta de Elvira aumentaba la cólera escedente de Mauricio, el que exclamó:

—Ríete, que no tardarás mucho en llorar. Las mujeres como tú en el pecado llevan la penitencia... tu coquetismo te perderá. Ha de llegar un día en que asciendas al pináculo del descrédito y los hombres se reirán de tí como tú te has reído de ellos: llegará un día en que seas la fábula de la ciudad, y no encontrarás un hombre que te quiera porque tu coquetismo habrá llegado á ser vulgar proverbio, y te condenará el mas infalible de los tribunales que juzga á las mujeres, el de la opinion pública. Este me vengará de tí: Elvira, hasta nunca.

Diciendo esto Mauricio salió furioso de la habitacion.

Era un amante inicuamente engañado.

Elvira quedó riendo de la cólera tan justificada de Mauricio.  
Era una infame.

## XV.

*La abnegacion del Conde.*

¿Qué tienes ,Mauricio?... Vienes pálido, desencajado..

—Elvira es una infame; tiene razon el anónimo, se reía de mi...

¡Y tú que tienes, Conde, estás libido, próximo á llorar!...

—No me quiere Amparo.

—Ni á mí Elvira.

—Tú nada pierdes, yo sí.

—Tienes razon, nada pierdo, nada mas que la felicidad.

—¡Estás ciego!... esa mujer no podia dártela: yo te la proporcionaré.

—¡Estás loco!

—Sé de una mujer, de un ángel que está enamorado de tí; esa mujer calla y padece, esa mujer es tu destino... esa mujer ha de ser tu esposa.

—¡Conde, imposible! ¿y quién es esa mujer?

—Amparo.

—¡Amparo enamorada de mí! ¿por dónde lo sabes?

—Me ha confesado que ama á un hombre que no piensa en ella, á un hombre que es juguete de una mujer sin corazon: te ha escrito este anónimo que creías hijo de la envidia cuando es hijo del amor y...

—¡Estúpido de mí! ahora lo comprendo todo... ahora que me abres los ojos veo con claridad. Sus delicadas deferencias conmigo, ciertas miradas, el afan continuo de satisfacer mis mas insignificantes gustos que yo traducia por amistad eran amor; tienes razon, eran amor. He sido ciego y he pagado mi ceguedad.

—Sí, sí. He adivinado que te amaba y... yo que la quiero tanto, no puedo consentir que sea desgraciada cuando puedo hacerla venturosa. Amala, Mauricio, cástate con ella y déjame morir.

—¿Tú me lo aconsejas? ¡y tú la amas!...

—¡Si no la amara consentiria que fuera feliz á costa de mi desgracia!

—Pues yo no puedo consentir en tu desgracia. No la enamoraré.

—Te lo suplico, Mauricio.

—No, no, yo no podré amarla.

—Tú la amarás; es un ángel, ¿y quién no ama á los ángeles? Le

diré á su padre que me dispense del compromiso, que ella no me quiere y de consiguiente es de ningun valor la palabra empeñada. Yo parto para el extranjero, pero he de partir con la seguridad de que os amais. Si eres mi amigo compláceme.

—Esta tarde principio á enamorar á Amparo.

## XVI.

*Un hombre obstinado.*

—¡Querido Conde!

—D. Eusebio, tengo que hablar con V. dos palabras.

—Hable mi futuro yerno.

—El otro día dejándome llevar de mi apasionado amor pedí á V. la mano de Amparo: he sabido luego que no me ama, y por razones de delicadeza debo renunciar al deseo mas vehemente de mi vida; á ser esposo de Amparo.

D. Eusebio palideció densamente y dijo con tono rudo:

—¡Imposible! Ella no puede haberse negado; es mi hija y no tiene otra voluntad que la mia.

—Ella acepta, pero sin amor; no cede á los impulsos de su corazon, sino al mandato de su padre.

—Pero cede y acepta.

—A la fuerza, sin libertad. Lo he conocido y no debo violentarla.

—Pues es indispensable que sea esposa de V.; V. me la ha pedido y yo he empeñado con V. mi formal palabra: saben todas mis relaciones este tratado matrimonio, y mi honor está comprometido en que se verifique.

—No puede verificarse, D. Eusebio. Tendria yo remordimiento de hacer desventurada á Amparo y casándose conmigo lo fuera, porque se unirá á un hombre que no ama. Créame V. D. Eusebio, ese matrimonio es imposible.

—Lo imposible es que no se realice.

—No se realizará porque yo renuncio á su mano.

—¡Es decir que V. la desprecia!... exclamó D. Eusebio dando rienda suelta á su cólera.

—¿Que yo la desprecio?...

—¿Es decir que V. considera que Amparo es indigna de ser su esposa? Mi hija es digna de un monarca. V. me ha pedido su mano y ahora se arrepiente, esto no es un juego, advierto á V. que D. Eu-

sebio de la Riba ni ha servido ni servirá de objeto de diversion á nadie.

—Cálmese V.

—Confiado en su palabra y como este matrimonio satisface mis deseos, lo he comunicado á todos mis amigos; todos lo saben y si no se verifica me cubriré de ridículo á sus ojos, creerán la verdad, que V. ha despreciado á mi hija, y eso no lo puedo consentir ni de V. ni de nadie y... antes arrostraré la muerte que el ridículo. Este matrimonio se verificará.

El carácter áspero de D. Eusebio se desarrollaba con toda la fuerza de que era capaz á impulsos de su cólera.

---

### SONETO.

Amor, risueño amor, tú me ofreciste  
eternos goces, celestial ventura,  
y al arrullo de plácida dulzura  
mi incauto corazon adormeciste.

Quiméricos ensueños me mentiste  
de dicha, de placer y de ternura,  
y ví trocarse en duelo y amargura  
cuanto de dulce bien me prometiste.

¿Será que de mi síno los rigores,  
que me siguen doquier desde la cuna,  
alcanzarán tambien á mis amores?

¿Nunca el rostro he de ver de la fortuna?  
¡Ay! corazon, padece tu quebranto  
que amor es flor que crece con el llanto.

P.

---

### LA ROSA BLANCA.

(Conclusion.)

Las horas pasaban con suma rapidez, hasta que un destello de luz nos dió á comprender que se acercaba la de dar fin á nuestras mútuas promesas. El alba reflejaba sus amarillos colores en los cristales del salon, cuyas puertas empezaban á dar salida á la multitud. En vano entonces me empeñé en acompañarla; en vano supliqué pa-

ra que me dijese su nombre; tan solo sus contestaciones fueron siempre que me amaba con delirio, pero que no habia llegado aun la hora de descubrirse. Juré seguirla y no abandonarla jamás, y cuando me disponia á efectuarlo,

—Júrame, me dijo poniendo una rosa blanca en mi mano, que no faltarás al lugar donde te señalaré, pero que será despues de un plazo fijado.

—Lo juro, contesté besando la rosa blanca.—De hoy en ocho dias, á las doce de la mañana. Calle de A. número 20. Esta rosa te servirá de entrada: no te olvides de llevarla en tus manos... adios dijo, y desapareció...

Despues de algunos instantes encontrábame en el camino de... para donde tenia que salir aquel mismo dia, con un recuerdo ilusorio en el corazon y una rosa blanca en la mano.

## V.

La ciudad de..... es una hermosa ciudad, pero sus encantos no pudieron borrar de mi corazon el grato recuerdo de mi linda mascarita. Tal vez seria un capricho de mujer la causa de mi sufrimiento, pero un capricho que no dura mas que una noche de baile... pero no... en aquellos ojos no podia entrar la aficion; aquella voz no me podia engañar.

Durante los siete dias que pasé en aquella ciudad, una sola vez tuve noticia de Isabel que me espresaba sus padecimientos por mi ausencia. Algun misterio encontré en estas palabras pero no lo extrañé, porque hace mucho tiempo que estoy convencido que las palabras de mujer son siempre misteriosas, y aun estoy por creer que la mujer misma no es mas que un misterio.

El octavo dia, dia señalado para la cita, llegué en punto de las doce de su mañana á la ciudad de mi residencia. Mi primera visita fue la de la calle de A. número 20 hácia donde me dirigí temeroso de no llegar á tiempo oportuno. Púseme la rosa blanca casi marchitada en uno de los ojales del gaban, llegué á la calle de A., examiné los números de las casas con la rapidez de un amante lleno de ilusiones y... ¡cuál seria mi sorpresa al ver que el número 20 pertenecia á un convento de hermanas de la soledad!...

La calle estaba desierta. Solo de vez en cuando transitaba por ella alguna vieja que entraba ó salia de la iglesia del convento, cuyo interior despedia una confusa armonía producida por el rezo de las

hermanas. Quedé inmóvil y frío como una estatua de mármol. Medité despues un instante. No podia de ningun modo persuadirme de que aquella mujer me hubiera engañado, y buscaba disculparla en lo posible. Nunca es culpable la mujer que adoramos.

Resolvíme por fin á entrar en la iglesia del convento. ¿Quién sabe si en ella me esperaria la misteriosa mascarita? ¿No me dió una rosa blanca diciéndome que ella me abriria las puertas, siempre cerradas para los demás? ¿Su vestido no era vestido de monja quizás para que no estrañase semejante lugar? Estas y otras reflexiones ocupaban mi mente mientras insensiblemente me habia adelantado hasta el fondo de uno de los altares de la iglesia, en donde me distrajo mis meditaciones una voz ronca de mujer que, á juzgar por sns cabellos, habia visto sesenta veces á lo menos caer las hojas de los árboles.

—¿La rosa blanca? dijo.

—Aquí está, contesté lleno de satisfaccion.

—Seguidme, caballero.

—Me direis...

—Chit... silencio...

Y de este modo hablando adelantóse algunos pasos en medio de la oscuridad que habia en el fondo de la capilla, y parándose de pronto continuó en voz baja.

—Habeis comprendido algo de esos cantos que suenan por las bóvedas del templo?

—No por cierto hermana, si no me decís...

—Psit... no levanteis tanto la voz, repitió la vieja... ha muerto una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, ha muerto para vos, para el mundo entero, pero no para esas voces armoniosas que escuchais; no para sus santas hermanas con las que se ha unido para atravesar juntas el camino espinoso de la vida hasta llegar á la eterna gloria.

—¿Ha entrado una nueva hermana? pregunté yo lleno de curiosidad.

—Sí, una nueva hermaua, y me ha dejado este billete para el que entrara con una rosa blanca en la mano.

—¿Un billete?

—Aquí le teneis... nada mas tengo que deciros... ¡ah! me olvidaba de entregaros la flor. Me ha encargado que os dijera que procuréis guardar esta rosa blanca. Aquí la teneis. Quise hablarla otra

vez, y el pausado eco de sus pasos contestó á mis deseos. Se habia perdido en medio de la oscuridad de la capilla.

Quedéme confuso con mi rosa blanca y mi papel, y sin esperar mas tiempo me dirijí á la puerta de la iglesia, por la que salí no sin fijar algunas veces los ojos á un estrecho enrejado de donde salian al parecer las religiosas armonías, y donde debia encontrarse en aquel momento la aurora de tanto misterio. En medio de la calle desdoblé el billete en cuyo sobre se leía mi nombre y apellido precedido de estas palabras «amor y olvido.» La letra no me era desconocida: una cruel sospecha pasó por mi mente, y... juzgad entonces con cuanta rapidez lo leeria. Este era su contenido. «Siempre te he amado y te amo aun. He visto desde algun tiempo este amor mal correspondido, pero jamás hubiera creido que el amante indiferente se convirtiera en esposo perjuro. Los atractivos del mundo han vencido al amor de tu esposa, otro tanto podia sucederme... pero no... en mi pecho ha vencido el amor de Dios. Déjame pues vivir en su santa casa. El no me será infiel: ya ves que he cumplido la cita que en el baile te prometí. Doite tambien las gracias por la exactitud. Conserva la rosa blanca como un recuerdo de la mujer que mas te ha querido y que rogará á Dios por tu felicidad desde el fondo de este claustro, á donde tú mismo la has conducido... Adios para siempre... perdona á tu infeliz esposa como ella te perdona, *Isabel.* » No puedo explicaros lo que pasó en mi interior despues de leidas estas últimas palabras. Un frio sudor se apoderó de mí, mis pupilas se cubrieron con un velo, y ardientes lágrimas se deslizaban por mis mejillas. Vuelto en mí despues de mi primera sensacion, mi primera idea fue la de arrebatar á Isabel del convento, y pedirle perdon de mi pasada conducta; pero otro papel que acompañaba á esa carta apagó el primer impulso que el amor y el arrepentimiento me causarán. En él me noticiaba que su objeto no era otro que el de encerrarse eternamente en el claustro, olvidando las pompas y goces de este mundo y consagrarse eternamente á Dios.

Para dicho objeto habia alcanzado el permiso de la autoridad eclesiástica *sin perjuicio de la voluntaria disposicion del esposo.* Me suplicaba tambien que en nombre de ese Dios que la llamaba á su lado le permitiera vivir con aquellas solitarias vírgenes que apartadas de los goces terrenales, buscan el consuelo al pie de los divinos altares. Sus sentidas y suplicantes palabras me obligaron á dejarla libre en su resolucion, pues que lo contrario hubiera sido profanar la casa de Dios á arrebatarle una esposa que el mismo habia escogido.

Mi corazón era un abismo de remordimientos. Fui á la casa donde habitaba con mi querida Isabel, ¡cuán triste me pareció entonces sin el objeto que mas adoraba! ¡Ah! cuánto puede la mujer ofendida! Por todas partes llamaba á Isabel y por todas partes solo el eco contestaba á mis delirantes voces. Por fin tomé la resolución de abandonar un mundo que era la causa de mis desgracias, y corresponder á Isabel tomando ejemplo de su virtud. Vendí pues todo cuanto tenia y cedí sus productos para limosnas. Digo mal. Quedéme con un retrato, una flor y una carta. El retrato era la imájen de Isabel; la flor un episodio de su vida, y la carta... la carta era el eco de su voz postrera que me llamaba desde la tumba...

Después de tres dias, cubierto mi cuerpo por un humilde sayal, levantaba fervorosas plegarias al Criador desde el fondo de otro claustro.

## VI.

¿Y nada mas habeis sabido de Isabel? me adelanté á preguntar al ermitaño, lleno de curiosidad.

Sí, supe después que era un modelo de virtud, y que ocupaba un lugar privilegiado entre sus hermanas.

Mas adelante enterada de mi resolución, me escribió por asuntos religiosos sin darme el nombre de esposo, ni siquiera ponerme alguna espresion que pudiera atribuirse á nuestra pasada felicidad. Yo le escribí tambien en los mismos términos, y estoy seguro que mi carta debió arrancar un hermoso recuerdo á su corazón.

Así se pasaron algunos años hasta que la revolución derribó á sangre y á fuego nuestras casas. Vos mismo habeis presenciado tal vez la destruccion de nuestras iglesias, nuestros claustros y nuestras posesiones, como tambien la muerte de nuestros hermanos que en medio de los escombros, exhalaban el último suspiro.

Yo fui mas afortunado, ó tal vez mas desdichado que ellos, y pude salvarme, dirigiéndome á este desierto cumpliendo con fidelidad lo que prometí á Isabel desde un rincón de mi celda ante la imájen del Eterno.

Isabel murió de pesar á la noticia del incendio de los conventos y de la muerte de sus monjes... y yo... yo quedé destinado tal vez á rogar por Isabel, y á derramar lágrimas de remordimiento para alcanzar el perdón del Señor. Aquí me veis pues, cumpliendo con mi triste destino, sin otro pensamiento que Dios é Isabel, ni otros objetos que ambas imájenes.

Diciendo esto dirigió sus miradas el ermitaño al interior de la cabaña que llevaba el nombre de ermita. Yo seguí el curso que tomaban sus ojos, y efectivamente ví colgado en la pared un crucifijo, y en la parte opuesta un medallon de una imájen. Levantéme para examinarla mejor y quedé admirado de la hermosura de Isabel, cuyo original habia sido. Sobre el medallon habia los restos secos de una flor, y un papel empolvado en cuyo sobre se leían estas palabras «amor y olvido.....»

No tardaron en volver mis amigos fatigados por la caza; admiráronse de mi caprichosa conducta, pusieron en mi zurrón algunas aves para no ridiculizarme á la entrada de la ciudad, como muchas veces sucede, y á un paso mas regular nos ausentamos de la ermita, porque las nubes empezaban ya á reventar, y la noche habia esparcido ya su manto de tinieblas por el espacio. Así pasamos aquella fastidiosa tarde de invierno, á cuyo recuerdo siento estremecer mi corazón.

Ha mediado ya algun tiempo, durante el cual he estado ausente de tal pais, y á mi regreso he procurado visitar al solitario, pero he encontrado la ermita arruinada, y nada mas he sabido del ermitaño, del retrato ni la carta. Solo en medio de las ruinas y sobre una piedra he visto, toscamente grabadas, las formas de una flor. No sé si seria un capricho de algun viajero, ó un recuerdo de la *historia de la rosa blanca*.

Francisco de P. Franquesa.

## CORRESPONDENCIA.

Valencia 4.º Mayo.

Acabo de recibir, mi querida Herminia, el magnífico ramo de la quinta, que me has enviado con Blas tu jardinero: ¡qué coleccion tan variada de claveles! ¡qué rosas tan fragantes! ya sabes que soy entusiasta por las flores y éstas las aprecio en extremo porque vienen de tu mano, y porque son de plantas criadas por Ricardo. No tardaré mucho en hacer uso de ellas.

Hubiera querido tenerlas dos dias antes para habérmelas puesto el domingo por la noche, pues asistí al concierto que se verificó en casa de la apreciable señora de L... No puedo resistir á la tentacion de hablarte de él. La franqueza y amabilidad con que reciben los señores de dicha casa atrajo una lucida concurrencia, que escu-

chó con marcada satisfaccion las piezas que se cantaron y tocaron. Con el placer de siempre escuché á nuestra simpática amiga P. F., que cantó la *cabattina* de *Juana d'Arc*, y el aria de la *Favorita*: en ambas piezas lució su clara voz, la limpieza de su garganta y su buena escuela de canto: al oirla involuntariamente acudieron á mi imaginacion estos versos de nuestro amigo Jacinto Labaila.

Quando escucho tu voz arrebatado  
en éxtasis divino me parece  
que ella me ha trasportado  
á la eternal region.

Canta, canta, mujer, suene en mi oido  
esa voz melancólica y divina  
que hácia el fondo del alma se en camina  
con mágica y doliente vibracion.

P. B. cantó el aria de tiple de *I Lombardi* arrancando numerosos aplausos. I. J. cantó con T. L. un duo de *Machbet*; uno y otro empiezan á dedicarse al *dificil arte* y me han hecho concebir las mas lisonjeras esperanzas, pues ejecutaron muy bien dicha pieza. T. L. cantó además el aria coreada de *El dominó azul*: en dichos coros tuve el gusto de conocer á algunos amigos nuestros. G. A. cantó la *cabattina* de tenor de la *Favorita* ostentando su dulce voz y su expresivo modo de decir. D. M. cantó otra aria de tenor, no recuerdo en este momento de qué ópera, con la afinacion que le caracteriza. I. R. tocó al piano la sinfonía de la *Semtramis*, en la que dió á conocer su agilidad y su maestra ejecucion. Además tocáronse á cuarteto las sinfonías de la *Caritea* y la *Mutta*, que entretuvieron agradablemente á la concurrencia, que terminó la noche con un baile, que pudo ser muy animado en atencion á la capacidad del salon. Yo me divertí mucho, y deseo que no sea la última reunion de esta especie que se verifique en casa de L...

Tambien asistí al Liceo á la ejecucion del *Españoleto*. Este drama fue interpretado por nuestros amigos los sócios Lafaya, Belmont, Marquez, Garrigues, Marco y por las sócias Srtas. Hervás y Brú. Lafaya comprendió el *dificil* papel de que se hizo cargo. Joaquin Marquez estuvo muy bien en el del Duque de Osuna. La Almerinda gustó como siempre, la Brú estaba perfectamente vestida de hombre. Su autor Eusebio Asquerino fue llamado al palco escénico al terminar la representacion del primer acto.

En el teatro no ha habido otra novedad que la representacion de algunas funciones por el actor Calvo, que tiene notabilísimas cua-

lidades y ha sido oído con gusto y aplaudido con razón. Anoche nos regalaron *El Traperero de Madrid*, y entre las mil cosas que contra él pudiera decirte, es una el que Parreño representaba el papel de traperero, que no es de su cuerda, y que Oltra hubiese interpretado mejor sin comparación alguna.

La otra noche estando en casa del apreciado general G. tuve el gusto de oír tocar el piano á una niña de siete á ocho años de edad. Es una monada el despejo, la seguridad y hasta la espresion, extraña en su edad, con que Manolita Ramon, que así se llama, ejecuta, ya piezas serias de la *Traviata*, *Hernani* y otras operas, alternadas con aires de *Catalina*, *Los diamantes*, el *Valle de Andorra* etc. Las seis ú ocho personas que estábamos en el salon quedamos admiradas de esa precoz notabilidad á la que dí repetidos besos.

Y á propósito de niñas: vamos á poner de largo á mi linda prima Pepita, y hemos andado estos dias ocupadísimas mamá y yo; no te creas que ha sido cosa de un momento, sino que hemos tenido que correrlo casi todo para encontrar ocho vestidos bonitos y variados. Uno de ellos es de glasé negro, y se lo harán con volantes; otro de glasé mora que llevará faldas, y en fin, otro de varés adornado con felpillas. ¿Crearás que no he comprado nada para mí? Mamá se tomó un vestido á mi gusto.

Estos dias concurre bastante gente al paseo de la Alameda: ayer por ser jueves estuvo muy bien, y bajaron muchas amigas. Ví un vestido de moaré antique de color plomo con dos grandes volantes, el uno hasta media falda, y el otro encima abierto por delante y como si fuera el remate de una larga chaquetilla. Los volantes, la verta y todo el vestido estaba adornado por piñas ó pirámides, arregladas de trecho en trecho con tiritas de terciopelo negro, que parecian tejidas en la misma tela. Es un vestido de los mas elegantes que he visto, como lo es la figura de la señora que le llevaba.

Boix ha dedicado á Silvina un ejemplar de su *Historia de Játiva*, enviándole las primeras entregas con unos renglones harto lisonjeros para ella. He oído hacer las mayores alabanzas de su obra, y no las repito, no porque no las crea justísimas, sino porque bastante se alaba esa *Historia de Játiva* con decir quien la ha escrito.

No puedo hoy ser mas estensa, tu amiga

Adela.